

EXPOSICION BIBLIO- GRAFICA DE LA PASION

Se inauguró en la Biblioteca Nacional organizada por la Dirección General de Propaganda



EN la Biblioteca Nacional se ha inaugurado una Exposición conmemorativa de la Pasión del Señor. El acto estuvo presidido por el Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín; el Patriarca de las Indias Occidentales y Obispo de Madrid-Alcalá, Dr. Leopoldo Eijo Garay; el Director general de Propaganda, don Pedro Rocamora Valls; el Director general de Archivos y Bibliotecas, don Miguel Bordonau, y el Presidente del Patronato de la Biblioteca, don Luis Morales Oliver.

En dicho acto, el Director general de Propaganda pronunció las siguientes palabras:

DISCURSO DE DON PEDRO ROCAMORA

«Por segunda vez, en el plazo de pocos meses, la Biblioteca Nacional ofrece una Exposición bibliográfica sobre un motivo religioso. Si en el mes de diciembre fué el tema del Nacimiento del Redentor, ahora es el de la Pasión y la Muerte de Cristo.

Con ocasión de estos dos períodos del ciclo litúrgico y en la misma oportunidad en que la Iglesia los conmemora, la Biblioteca Nacional ha querido dar a conocer una muestra —por cierto casi mínima— del riquísimo caudal bibliográfico que conserva como el más codiciable tesoro.

Pero la Exposición no es sólo bibliográfica —es decir, de libros—. Aquí verán ustedes, además, grabados, cuadros y hasta esculturas.

Entre los libros, destacan, en primer término, los misales. De ellos, se exponen quince valiosos ejemplares, entresacados de la espléndida colección de libros litúrgicos que posee la Biblioteca, y de los que importa señalar el «Missale Abulense», magnífica impresión salmantina sobre vitela, con iniciales y orlas miniadas; el «Missale Chaldaicum», que vió la luz en la tipografía Medicea de Roma, muy curiosa muestra de las manifestaciones religiosas maronitas; el «Missale Segobiense», veneciano de 1500, en que vemos un original Calvario, en el que dos ángeles recogen la preciosa sangre de Jesús en cálices; el «Missale Oxomensis», de Diego de Córdoba (1561), lleno de esos vigorosos rasgos esenciales del arte hispánico que tanto contrasta con las obras de este mismo carácter francesas e italianas; las bellísimas miniaturas, en azul y rojo, de los Misales de París y de Worns, de 1572. En todos ellos, la misma fe se matiza con dibujos, oros y colores distintos, según las escuelas a que pertenecen.

En las demás vitrinas se exponen códices miniados, antifonarios o evangelarios que sirvieron para rezar al Cardenal Palavicino, a Cisneros o al Emperador Carlos V. Ahí están los Libros de Horas y los Salterios ante los que se humillaba y abatía, con la meditación de la muerte, la grandeza y el esplendor históricos de la vieja Monarquía española, pensando en la trágica transitoriedad de las glorias del mundo. Y es que la meditación de la muerte



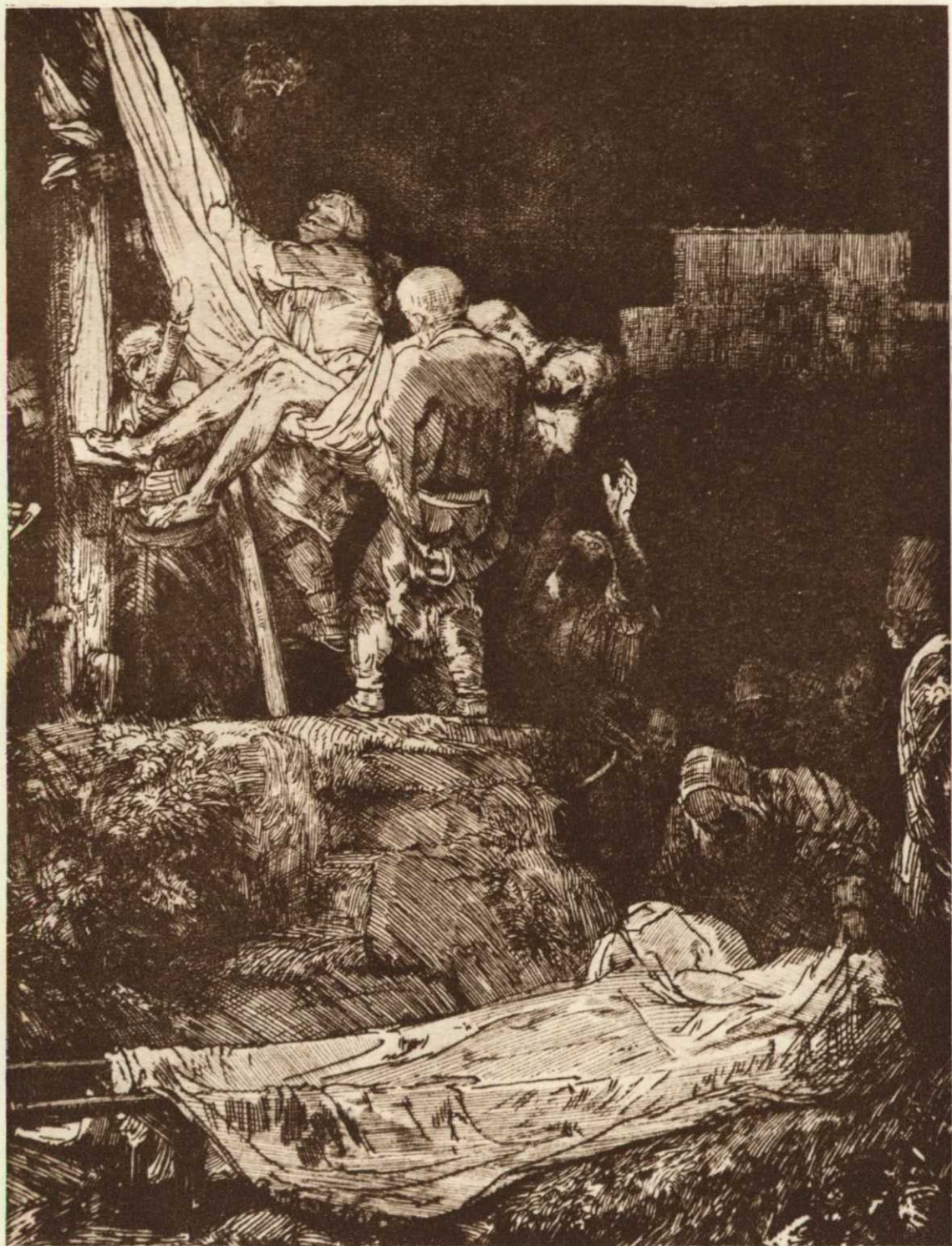
«EL PRENDIMIENTO»

Litografía de Nantelmi, según el cuadro de
Van Dick, existente en el Museo del Prado.



«CRISTO CAMINO DEL CALVARIO»

Grabado de P. Pontius según
un cuadro de Rubens (1632).



«EL DESCENDIMIENTO A LA LUZ DE
LA ANTORCHA»

Aguafuerte de Rembrandt (1654).



«LA RESURRECCION»

Grabado editado por Cock ; reproduce
un cuadro de Bruegel (s. XVI).

de Cristo es la mejor oportunidad para que todos, pobres y reyes, sientan como un latido entrañable el fugaz escaparse de la vida hacia la muerte, que ya refleja Calderón de la Barca en aquel Auto Sacramental que se llamaba precisamente *El Año Santo* :

*Todos somos peregrinos...
porque majestades, pompas,
cargos, oficios, trofeos,
dignidades, señoríos,
honras, estados, aumentos,
no son más que una ilusión,
un engaño, un devaneo,
vanidad de vanidades,
que el momento de un momento
nos lo convierte en cenizas,
humo, polvo, sombra y viento.*

Esto, por lo que se refiere a los libros. En cuanto a los grabados, figuran aquí obras de maestros alemanes y flamencos en una sucesión de bellísimas estampas, a través de las cuales se recorre todo el período litúrgico de la Pasión, comenzando con la entrada triunfal y luminosa de Jesús en Jerusalén, para pasar por las escenas eucarísticas de la Santa Cena y la Oración en el Huerto, para terminar después con la Crucifixión. En esta admirable colección de grabados, figuran los nombres de Lucas von Leyden, Goltzius y Rembrandt al lado de los de Martín Schonhauer, Durero o Van Dyck.

Completan esta iconografía de las escenas de la Pasión, unos bellísimos cuadros del Greco, en los que Jesús aparece con el rostro levantado hacia los cielos y llena de luz la mirada resplandeciente como encendida en un fuego sobrenatural. El Cristo del Greco, es un hombre cuyo reino no es de este mundo. Yo he

dicho alguna vez que, cuando el Greco pinta a Cristo en la Cruz, el cuerpo humano del Redentor, tiene tal ingravidez, tal levedad y transparencia, que en vez de parecer que está muriendo parece que está resucitando.

Y junto a estos Grecos dulces y admirables, un Goya trágico y terrible. Jamás en toda la historia del arte se haya podido pintar una Oración en el Huerto de mayor negrura apocalíptica que ésta, debida al pincel genial de Francisco de Goya. Se difunde por todo el cuadro un aire inaudito de terror. La actitud de Jesucristo de rodillas y en cruz, ante la figura medio borrosa del Angel que viene a confortarle en el trance lastimero de la Oración, nos recuerda la misma silueta de aquel paisano que, en los fusilamientos de la Moncloa, espera también, de rodillas y en cruz, la descarga de los fusileros.

La personalidad genial de Francisco de Goya ha pintado así un Cristo que yo me atrevería a calificar no sólo de españolísimo, sino, por sus características raciales e históricas, podríamos decir que es trágicamente madrileño.

Esta es la única nota sombría de toda esta amable y bellísima Exposición. Porque si alguna conclusión artística pudiera deducirse de ella, es la nota predominante de profunda piedad y dulzura con que miniaturistas, grabadores y pintores han sabido realizar toda esa copiosa y variadísima interpretación iconográfica del Misterio de la Pasión. Así, por ejemplo, en los misales, el cuerpo de Cristo aparece transparente de blancura. Blanco —como diría después uno de nuestros mejores escritores místicos— como un bello cisne que supiese cantar en la hora de la muerte la más dulce canción que jamás haya sonado por todos los confines de la tierra; aquella que logró resumir en siete frases admirables, el compendio teológico de la misericordia, del perdón y de la caridad.

Excepto en esa maravillosa talla de Juan Sánchez Barba, de

escuela clásicamente española, en que el Redentor aparece con el rostro levantado, en la mayor parte de las interpretaciones iconográficas que aquí se exhiben, el rostro de Jesús tiene una dulce inclinación que, en la mística española, se interpretó de la manera más consoladora para el penitente. Cristo en la Cruz —nos dice el Padre Alonso de Cabrera— tiene los brazos extendidos para recibirnos, las manos rotas para hacernos mercedes (manirroto de bienes celestiales le llamaría después un poeta), los pies enclavados para esperarnos y perseverar en nuestro amor, el pecho tiene abierto para darnos entrada en su corazón y la cabeza inclinada para decir perpetuamente sí a todas nuestras peticiones.

Por último, otra de las características singulares de esta interpretación artística de la Pasión del Señor está para mí polarizada entre un bello grabado que representa al Señor, ya Hombre, recibiendo de unos ángeles candorosos los atributos de la Pasión, y el de esa delicada escultura, atribuída a Pedro de Mena, que representa a Jesús, Niño, con una Cruz a cuestas. Es decir, que no sólo se repite en el arte y en la literatura el tema de una infancia de Jesucristo en la que cada instante son presentidos los dolores de la Pasión, sino que, cuando llega este momento, parece como si el espíritu del artista tratase de infantilizarse o empujarse para cubrir de ternura aquellas escenas en las que, por la índole del tema, no puede hurtarse un fondo de trágica realidad.

Así ocurre, por ejemplo, en nuestro Lope, cuando, al evocar su propia infancia, nos confiesa que amaba más entonces a Dios como Niño que como hombre:

Siendo niño, os contemplaba.

Niño, en brazos de María.

*Y en su divina alegría,
tiernamente me alegraba.*

Luego, Lope se sabe hombre pecador, y dice :

*Mas hombre, y hombre tan malo,
que ya no hay ley que no quiebre,
ya no os busco en el pesebre,
sino clavado en un palo.*

Vuelve otra vez el poeta a recordar la infancia de Jesús y continúa :

*Cuando vuestra Madre sale
con tal Agnus por joyel,
no hay rosa, lirio o clavel
que vuestra hermosura iguale.*

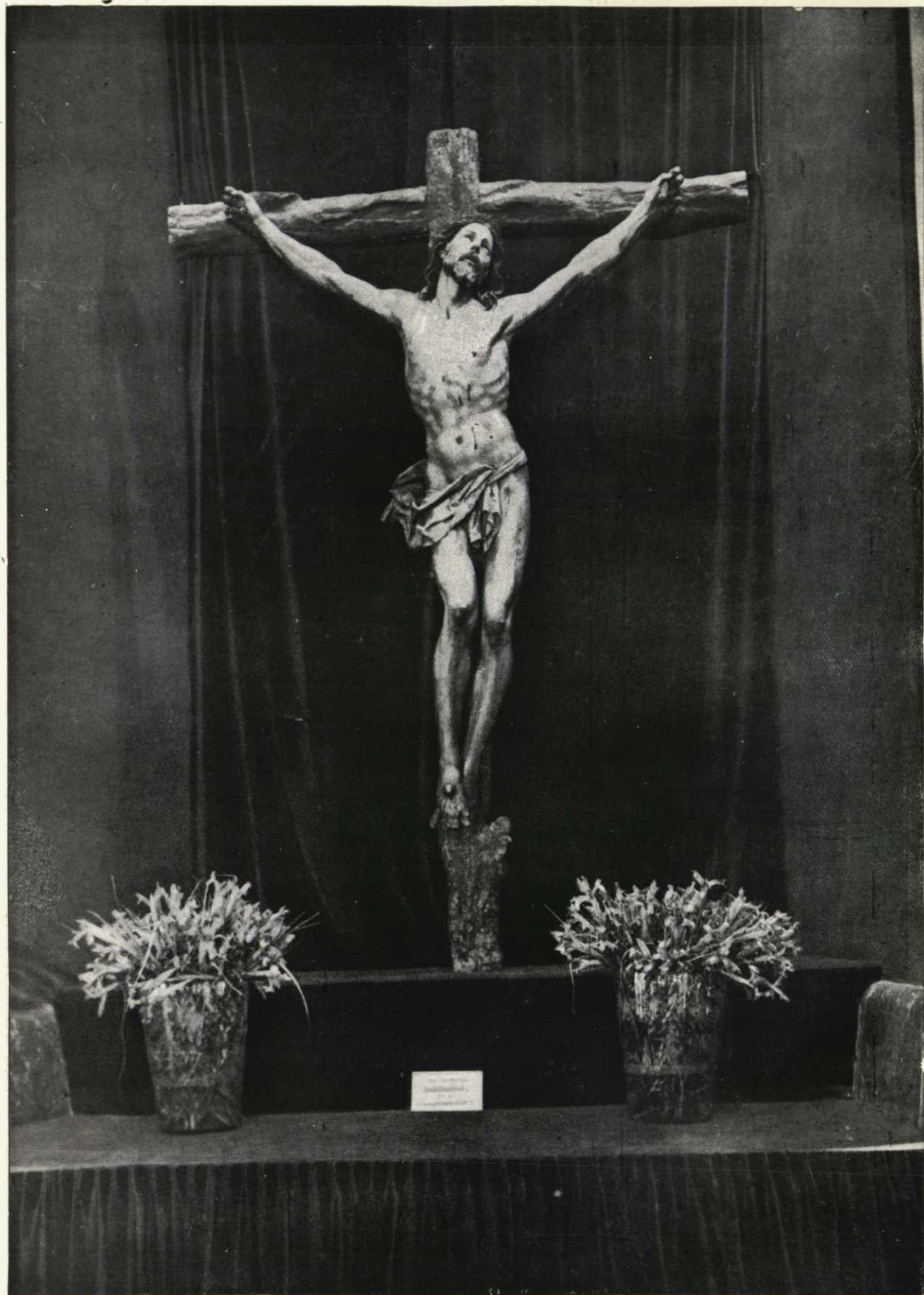
Pero siguiendo este ritmo comparativo, Lope de Vega retorna a la evocación del tema de la Cruz :

*Mas cuando Cristo amoroso
de la Cruz pendiente os ven,
como me hacéis mayor bien,
me parecéis más hermoso.*

Y esta es la conclusión a que yo aspiraba a llegar en estas palabras mías de hoy. Por muy insoslayable que sea el imperativo del realismo en todo el arte universal, Jesucristo ha aparecido, generalmente, adornado de la más delicada belleza, sobre todo en el momento trágico de expirar sobre una Cruz. En esta escena, se ha concentrado toda la delicadeza del arte como si pintores y escultores quisieran suavizar, transidos de piedad, las escenas cruentas de la Crucifixión.



Talla atribuída a Pedro de Mena, expuesta en la Exposición de la Biblioteca Nacional



Talla de Juan Sánchez Barba, que figuraba en la Exposición

El corazón de Cristo en la Cruz, es como una copa de cristal delgado y quebradizo. El arte y la literatura describen la escena tratando al Salvador con atenciones y cuidados de Niño. La mística vendría después a confirmar la razón solemne de esa ternura. Y así, cuando el maestro Alejo de Venegas, en su *Agonía y tránsito de la Muerte* quiere justificar el nombre de mujer y no de madre con que Jesucristo se despide de la Santísima Virgen, dice que si Jesús hubiera pronunciado el sólo nombre de Madre, aquello le bastaría para acabar El de expirar en la Cruz «y no convenía que muriese por pasión o congoja particular el que había de morir, universalmente, por todos los pecados del mundo».

Esta es, pues, señores, una Exposición llena de ternura como si los organizadores de ella hubieran querido subrayar que hora es ya de que se vuelva a este clasicismo de la delicadeza, en vez de deleitarse en ese modernismo lamentable de la truculencia.

Y nada más, señores. Con ese respeto, con ese pudoroso temor con que en las letras y en el arte se ha tratado siempre el tema solemne de la Muerte del Redentor, los organizadores de esta Exposición han sabido hacerla felizmente posible.

El mejor laurel del acierto que ella supone, corresponde al ilustre Director de esta Casa, don Luis Morales Oliver.

Yo sólo he puesto aquí el pórtico de estas pobres palabras de mi intervención, con las que he intentado ser —de tantas y tan asombrosas bellezas— el más pobre y humilde pregonero.»

Al terminar su discurso, el señor Rocamora fué calurosamente aplaudido y felicitado.

